

Daniel Crespo Delgado

UN VIAJE PARA LA ILUSTRACIÓN

El *Viaje de España* (1772-1794)
de Antonio Ponz

Fundación de Municipios Pablo de Olavide

y

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

ABREVIATURAS, 17

CRITERIOS DE CITA DEL *VIAJE DE ESPAÑA*, 19

PALABRAS INICIALES, 21

PARTE I. UN VIAJE PARA LA ILUSTRACIÓN

1. Del objeto y objetivos del *Viaje de España* de Antonio Ponz, 35
2. «La felicidad de los hombres», 39
3. Espíritu crítico y desengaño del público, 47
4. ¿Una obra ilustrada?, 57
5. Origen del *Viaje*: la expulsión de los jesuitas y el apoyo de los reformistas y del gobierno, 67
6. Instruir pero también entretener, 83
7. Fuentes y colaboradores. Su éxito, 95

PARTE II. EL *VIAJE DE ESPAÑA* Y LA ECONOMÍA

8. «Antorcha de la economía», 107
9. «El alma de un estado»: la población española en el *Viaje*, 115
10. Panegírico de labradores, 129
11. La defensa de una nueva tecnología agraria, 143
12. «Los carneros (no) van a la guerra», 149
13. Árboles, árboles, árboles, 157
14. Leyes y medidas para la multiplicación de los plantíos de árboles, 167

ÍNDICE

15. Las manufacturas y la industria en el *Viaje*, 173
16. «No hay estudio que más ennoblezca que el del bien público», 183

PARTE III. EL *VIAJE DE ESPAÑA* Y LAS BELLAS ARTES

17. «Fábricas, pinturas y esculturas que no merecen estar en el olvido», 193
18. Antiguos y modernos ante el patrimonio artístico español, 205
19. Fuentes, documentos y colaboradores para la historia y la crítica del arte en el *Viaje*, 211
20. De la antigüedad al medievo. Gótico antiguo y arte árabe, 225
21. El gótico moderno, 233
22. El renacimiento de las artes. De Alonso Berruguete a Juan de Herrera, 243
23. Juan de Herrera: un héroe para las artes, 255
24. El siglo de oro. La pintura y la escultura española en el siglo xvi, 273
25. De Gregorio Fernández y Murillo a la decadencia, 287
26. ¿Y la libertad?, 297
27. La «secta churrigueresca»: «la extravagancia más horrible que jamás se ha visto», 305
28. La restauración de las artes. Los Borbones y la fundación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 315
29. Un programa de futuro para las artes, 327
30. El *Viaje* y la reforma de los templos, 347
31. Bellas artes e identidad nacional, 361
32. «Vemos las bellas artes con otros ojos», 381

ÚLTIMAS PALABRAS. SOBRE ANTONIO PONZ (O EPÍLOGO), 395

BIBLIOGRAFÍA, 411

PALABRAS INICIALES

EN 1772 SE PUBLICÓ EL PRIMER TOMO DEL *VIAJE DE ESPAÑA* de Antonio Ponz. En esa fecha, España vivía un momento de incertidumbre a la par que de esperanza.

Tras los graves acontecimientos de rebelión popular conocidos como el «Motín de Esquilache» (1766), que manifestaron crudamente las insoportables condiciones de vida de los más humildes, Carlos III y sus ministros parecieron tomar nuevos rumbos e iniciar una serie de reformas. Algunas ya llevaban años intentándose o incubándose, pero ahora parecían más urgentes para mantener el orden y para conducir al país hacia su desarrollo. La necesidad de cambios no despertó en el último cuarto de siglo, pero sí se precipitó. En 1767 se decretó la expulsión de la poderosa orden de los jesuitas, a la que se culpó de provocar el citado Motín. En verdad fue su control de ciertos recursos económicos e ideológicos, así como su puesta en duda de algunas de las regalías de la Corona, lo que motivó su destierro.

Pero más allá de las luchas en la cúpula del poder, también en esos años se promulgaron medidas que pretendían la restauración de la industria española y se empezaron a realizar las consultas pertinentes para la elaboración de una ley agraria. En 1771 se creó el Real Gabinete de Historia Natural y se promovieron iniciativas para afrontar, de una vez por todas, la reforma de las universidades y la de los influyentes colegios mayores. La mayoría de estos proyectos fracasó o no dio los resul-

tados esperados. Faltó constancia y voluntad. No obstante, motivaron que se multiplicasen las declaraciones que prometían horizontes de optimismo y desarrollo, sobre todo entre los que podríamos denominar, con más o menos matices, ilustrados.

Estos ilustrados habían conferido un ímpetu renovado al movimiento de modernización del pensamiento español ya iniciado en las postrimerías del siglo xvii, con los muy significativamente llamados «novatores». La tarea de poner al día la ciencia y la erudición española todavía no se había logrado, estando, si cabe, más presente que nunca. En el mismo 1772, los marinos Jorge Juan y Antonio Ulloa publicaban sus *Noticias Americanas*; José Cadalso daba a la luz su satírico *Los eruditos a la violeta*; Benito Bails y Jerónimo de Capmany, los *Tratados de matemáticas para las escuelas establecidas en los regimientos de infantería*; Francisco Pérez Bayer, *Del alfabeto y lengua de los fenicios y de sus colonias*, y una lujosa edición, junto al infante don Gabriel, de *La conjuración de Catilina y la guerra de Jugurta* de Salustio. Se editó, de igual modo, una traducción de los *Diálogos sobre el comercio del trigo atribuidos al abate Galiano*, de la *Physica de los árboles* de Duhamel du Monceau y una *Disertación acerca de los métodos botánicos* del mismo autor. En los años inmediatamente siguientes, las imprentas españolas continuaron ofreciendo obras claves de nuestra Ilustración. Por poner sólo un puñado de ejemplos, en 1774, Campomanes editaba su *Discurso sobre el fomento de la industria popular* y, en 1775, su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*. En el mismo 1775, Guillermo Bowles publicaba su *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España* y se fundaba en la Corte la influyente Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, espejo de otras que en los años siguientes aparecieron por toda la península.

También los europeos contemplaban la pujanza de nuevos horizontes, aunque algunos lo hiciesen expectantes, mientras que otros con temor o, al menos, con inquietud. En 1772 vio la luz el último tomo de la celeberrima *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, de Diderot y D'Alembert. Dos de sus más sobresalientes colaboradores, el francés Voltaire y el suizo Rousseau, morirían sólo cinco años después. En 1773 había fallecido el filósofo escocés David

Hume, otro de los más insignes representantes de las Luces. Pero si una etapa parecía cerrarse, otra que recogía su legado se iniciaba con resultados todavía imprevisibles. Así, James Cook arribaba en 1768 a la costa australiana y otro británico, James Watt, patentó su máquina de vapor en 1769. Con el «Motín del Té» en Boston, a principios de los años setenta, se iniciaban los conflictos que llevarían a la independencia de los Estados Unidos y a la promulgación de su Constitución, la primera de la modernidad, en 1787. Precisamente, muy poco antes de la aparición del primer tomo del *Viaje de España* de Antonio Ponz, en 1770, el *abbé* Raynal había publicado, aunque de forma anónima, su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, en la que se denunció mordazmente el colonialismo europeo de los siglos XVI y XVII. Esta obra no tardó en prohibirse en los territorios de la Corona española, tanto por sus contenidos ilustrados radicales, como para impedir que las pretensiones autonomistas de las colonias americanas se reforzasen.

El telón de fondo del escenario en el que se presentó el primer tomo del *Viaje* lo conformaba, pues, una Europa e incluso un mundo en el que seguían dominando los viejos principios, pero en el que palpitaban con intensidad ideas y esperanzas que tendían hacia cambios. También en la España contemporánea el desarrollo y la reforma se habían constituido como las principales preocupaciones de parte de sus élites intelectuales. De hecho, la obra del valenciano Antonio Ponz participó plenamente de este clima, aunque veremos que desde una postura más bien moderada.

Su *Viaje de España*, un recorrido excepcional por gran parte del país expuesto en dieciocho tomos, no se publicó con la mera intención de ser una guía para viajeros por la península, sino que pretendió un nuevo y más adecuado conocimiento de la nación. Algo en absoluto trivial, ya que la literatura sobre España que existía en 1772 era francamente deficitaria. A pesar de ejemplares excepciones, prácticamente sólo se contaba con cronicones antiguos, con corografías desfasadas y con relaciones escritas por extranjeros, insatisfactorias por estar repletas de prejuicios. No le faltaba razón al inglés Henry Swinburne cuando afirmó, en sus *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776*